

Cuestión de segundos

Encontré reconfortante la ayuda de Copilot, hasta que me preguntó por los límites del periodismo

MARTA SAN MIGUEL



Miyazaki es un anciano nipón que se dedica a la animación desde hace más de cincuenta años. Su forma de dibujar —lenta, manual, detallista— la han intentado imitar otros artistas del anime, pero se quedan en eso, en imitación. Uno puede pensar que lo que hace Miyazaki, fundador de los Estudios Ghibli, son solo dibujos animados, pero detrás de sus películas hay una filosofía vital que se traduce en lo que tarda en dibujar cada fotograma. Hace semanas que estamos recibiendo imágenes que parecen creadas por él, pero en vez de sus seres fantásticos, en el fotograma salen amigos, o políticos, o futbolistas, o familiares convertidos en uno de sus dibujos. Me encantó ver nuestra realidad con la estética del artista japonés, salvo por la rapidez con que se hacen, la osadía con la que nos imitan las máquinas.

Otro día, me surgió una duda informática y le pregunté a Copilot, el asistente gratuito que vigila mis tareas en la pantalla del ordenador, cómo insertar mi firma manuscrita en un documento que debía enviar. Y ¡voilà!, en cuestión de segundos, resolví el trámite burocrático. Poco después, necesité unir dos PDF y el asistente salió al rescate. Lo llamativo no fue la rapidez con que me solucionó las gestiones, sino su premeditada simpatía: me contestaba como lo haría un amigo que te está echando un cable, y cuando quise darme cuenta, le estaba preguntando por autores que hicieran periodismo literario, por libros de Leila Guerriero, por textos que funden los límites entre literatura y reportaje, y acabamos manteniendo una conversación en la que Copilot me dedicaba sonrisas emoticonos. Me respondía llamándome por mi nombre, me propuso títulos que no conocía y lo encontré reconfortante; mencionó 'Hiroshima' de John Hersey y, acto seguido, me preguntó si quería indagar más sobre los límites del periodismo. En ese momento levanté los dedos del teclado. Y me acordé de Miyazaki.

¿Qué opinas de que la inteligencia artificial sea capaz de copiar los dibujos del artista japonés?, le pregunté a Copilot. Y en cuestión de segundos me explicó la contradicción de copiar lo que apreciamos precisamente por ser único. En cuestión de segundos, me habló de la complejidad de ese dilema, pero también de la importancia de la tecnología para preservar y difundir el arte del dibujante japonés. Entonces la máquina, como si temiera mi reacción de humana suspicaz, añadió una última frase: «Ningún detalle técnico puede imitar la magia y la emoción que Miyazaki infunde en sus obras», me dijo. Y ahí fue cuando supe que seguimos a salvo, que aún hay algo inimitable en nosotros: una máquina no sabe sentir miedo. En eso las ganamos. Todavía.

¿Cuál será el próximo movimiento del Kremlin?

EL BISTURÍ
JOSÉ ANTONIO PEÑA RAMOS
Profesor Titular del Departamento de
Ciencia Política de la Universidad de Granada

Inmersos en el aparente final —catártico y delirante— de una era alumbrada hace doscientos cincuenta años y turbados con la caliginosa polvareda geopolítica mundial levantada por las primeras decisiones de Trump, que de cristalizar afectarían drásticamente a la arquitectura de seguridad global —como la balística arancelaria podría pulverizar el orden comercial global—, conviene recordar que nunca ha mentido Putin sustantivamente sobre su proyecto imperial, ni ha ocultado éste, tampoco a sus enemigos. Al contrario, ha venido adelantando en declaraciones y documentos lo que a posteriori ha plasmado en el tablero geoestratégico, al compás de la característica 'paciencia estratégica' rusa pero sin circunloquios.

Verdaderamente sus primeros años resultaron ambiguos en el ámbito exterior, en particular en el contexto de Guerra contra el Terror que apoyó porque entre otras ventajas le permitió a nivel interno emplearse a fondo en el Cáucaso Norte, de mayoría islámica, sobre todo en Chechenia —con Grozni como capital de los horrores— pero también en los conflictos adyacentes de Daguestán, Kabardino-Balkaria e Ingushetia; sin embargo, ya previamente, en la época de Yeltsin, el que fuera primer vicepresidente del KGB —Primakov— había cimentado las bases de la futura política exterior rusa con la 'Doctrina Primakov', que postulaba la oposición a la expansión hacia el este de la OTAN, la profundización en la primacía rusa en el espacio post-soviético y la superación de la hegemonía unipolar estadounidense con un orden mundial multipolar dirigido por Estados-civilizaciones hegemones como la propia Rusia, Estados Unidos o China. En efecto, Putin concibe a Rusia como un Estado-civilización inconcluso, y, a través de la doctrina exterior del Ruskiy Mir —Mundo Ruso—, cuyo origen histórico se situaría en la Rus de Kiev —de ahí la relevancia de Ucrania— y que él pretende unificar aunque sin aclarar previamente sus fronteras, ha llevado hasta el terreno de lo obsesivo el histórico irredentismo ruso que hunde sus raíces en el reinado de Pedro el Grande y la atávica percepción del Kremlin de constante amenaza occidental para la integridad territorial e identidad rusas. Ello pese a que Rusia no ha sido atacada desde que Hitler, emulando a Napoleón, fracasara en su intento de invadir la URSS.



Mientras tanto, la Rusia post-soviética, en particular la de Putin, de una manera u otra ha provocado, intensificado y modulado, atendiendo sus propios intereses, la plétora de conflictos congelados post-soviéticos de toda índole en el Cáucaso Sur —Osetia del Sur, Abjasia, Nagorno-Karabaj— y Europa oriental —Crimea, Dombás, Transnistria—, conflictos de los que Rusia es parte aunque irónicamente se presente como mediadora. También la sombra rusa planea sobre Karakalpakistán (Uzbekistán) y Gorno-Badajshán (Tayikistán), en su tercera esfera de influencia, Asia Central.

Más aún, apenas meses después del 'Discurso de Múnich' de 2007 del presidente Putin, donde acusó a Occidente de instigar una carrera armamentística y perseguir un mundo unipolar, Rusia suspendió su participación en el Tratado sobre Fuerzas Armadas Convencionales en Europa, alegando motivos como la ampliación de la OTAN hacia el este, y al año siguiente (2008) atacó Georgia entre otras razones para evitar su adhesión a la Alianza. Quizás Georgia cometió previamente el error estratégico de atacar Osetia del Sur, porque sirvió de excusa a Rusia para responder desde Osetia del Norte-Alania, pero igualmente su suerte estaba echada. De hecho, no es descartable que Rusia acabe invadiendo toda Georgia, o Armenia o Moldavia, socios de la OTAN. Dicha guerra ruso-georgiana fue el primer conflicto interestatal que libró Rusia desde la época soviética y la primera concreción bélica exterior de Putin, y supuso un salto cualitativo que Occidente dejó pasar aunque suponía la detención de la ampliación de la OTAN a Georgia por pura imposición rusa.

Como resultado seis años después (2014) Rusia se anexionó Crimea —otra vez sin mayor resistencia occidental— y comenzó la guerra ruso-ucraniana en el Dombás, que escaló en 2022 con un in-

tento de invasión de Ucrania que nuevamente perseguía evitar entre otros objetivos su adhesión a la OTAN. Aunque se trató de un intento fallido —Rusia no ha capturado ni una sola capital de provincia en más de tres años— envió a la OTAN el mensaje pristino de que en adelante se incorporarán a ella nuevos Estados sólo si Rusia lo estima pertinente. El tiempo por cierto ha demostrado que las ex repúblicas soviéticas y ex miembros

del Pacto de Varsovia, de no haber basculado hacia Occidente, lo habrían hecho inexorablemente hacia Rusia.

Ya el año anterior al intento de invasión de Ucrania, el viceministro ruso de Exteriores —Riabkov— había hecho público un documento que exigía a la OTAN detener su expansión hacia el este y no desplegar tropas, realizar maniobras militares o instalar armamento en los Estados miembros incorporados desde 1999, lo cual supondría en la práctica retrotraerse a sus fronteras de 1997 y el vaciamiento absoluto de la organización. Riabkov advirtió de que la OTAN estaba siguiendo una línea «extremadamente peligrosa».

Así, considerando que Putin ha ido cumpliendo su guión —previamente adelantado y explicitado—, que ha incluido el ataque a Estados candidatos a la OTAN (Georgia, Ucrania) y apoderarse de una forma u otra de varios de sus territorios, emerge ahora la duda sobradamente fundada de si su estrategia de 'frenar' la expansión de la OTAN incluirá a medio plazo intentar 'hacerla retroceder' testando el artículo 5 de su Tratado mediante el ataque a uno o más Estados del flanco norte —Noruega, Suecia, Finlandia— o del oriental —Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, República Checa, Eslovaquia, Hungría, Rumanía y Bulgaria—. Moscú ya ha advertido de que considerará una amenaza el despliegue de fuerzas europeas de reaseguramiento en suelo ucraniano, así como el «ReArm Europe» —que primero debería ser moral—, que nace del agravamiento del temor a Rusia tras la aparente voladura del vínculo transatlántico, ése trabado en las playas morgues de Normandía para ganar la Segunda Guerra Mundial, cuando Franklin Roosevelt tuvo que sacrificar una generación de jóvenes para liberar Europa. Por segunda vez en veinticinco años,